NúmEros al rescate

- De los casi 260 millones de mujeres entre 15 y 19 años en todo el mundo casadas y solteras, alrededor del 11% (29 millones) de ellas, sexualmente activas, no desean embarazarse.[1]
- El uso del condón es adoptado por no más del 8% de las adolescentes casadas en los países en desarrollo.[1]
- Cada año, 14 millones de jóvenes entre 15 y 19 años dan a luz en todo el mundo. En los países en desarrollo, el porcentaje de muchachas que ya ha tenido su primer hijo antes de los 18 años es de entre un cuarto y la mitad del total.[1]
- Según UNICEF, se denuncian en América Latina uno de cada tres casos de abuso sexual y un 80% de ellos corresponde a niñas.[1]
- Existe una sobremortalidad de la población masculina, la esperanza de vida al nacimiento para los hombres en México es de 71 años, por 77 años de la población femenina.[2]
- La mayor libertad otorgada a los varones, desde niños, se refleja en las diferencias en las tasas de mortalidad por accidentes en menores de 5 años, es decir, de cada 100 muertes por accidentes, 59 son niños y 41 niñas.[2]
- En 1970, más del 55% de las mujeres tenía al final de su vida reproductiva 6 hijos o más y dedicaba a su crianza, en promedio, alrededor de 25 años (entre el nacimiento del primer hijo/a y el momento en que el último cumplía 6 años de edad). Actualmente, alrededor del 45% de las mujeres se encuentran en este caso.[2]

Lecturas

Con diferencia. Las mujeres frente al reto de la autonomía

Marina Subirats
Icaria-Antrazyt, Barcelona, 1998

Anna M. Fernández Poncela

A estas alturas del siglo xx todavía hay muchos cabos sueltos respecto a los logros en cuanto a la igualdad de derechos y oportunidades entre hombres y mujeres. Sin embargo, hay que reconocer que igual que falta camino por recorrer hay avances que valorar, además de reconsiderar las viejas luchas de las mujeres desde el silencio o la adaptación, desde la aparente sumisión hasta el enfrentamiento directo y radical.

Marina Subirats en su obra *Con diferencia. Las mujeres frente al reto de la autonomía* (1998), a partir de la experiencia que ha dado el caminar, cuestiona si la igualdad significa, para las mujeres, dejar de ser como éramos para llegar a ser como los hombres, o conseguir que nuestros puntos de vista y peculiaridades tengan el mismo peso social que los de los hombres. Es decir, si podemos ser iguales pero diferentes.

Una de las cuestiones más polémicas que analizan en algunos espacios feministas es la masculinización de las mujeres, quienes en su lucha por la igualdad, o simplemente como consecuencia de realizar aquellos logros profesionales que anhelaban, cambian, renuncian a una parte de su ser, a su identidad, llegando a parecerse precisamente a aquello que critican; o bien se realizan en ciertos aspectos de su vida, pero otros quedan truncados o parcialmente desarrollados.

Por el contrario, los hombres no cambian mucho, tampoco la sociedad, aún cuando los Estados, por conciencia o por necesidad, aplican políticas públicas. Tal parece que "hubiera que resignarse a una elección entre los viejos papeles y la sola libertad que hemos ganado, sea la de la elección —que antes estuvo vetada— no la de la mezcla, la transgresión constante, el mestizaje, sin fronteras precisas ni zonas prohibidas, que es la única libertad que merece el nombre de tal".

La autora sostiene, entre otras cosas, que somos iguales y somos diferentes y que la desaparición de los géneros sería deseable, así como la transformación de hombres y mujeres en individuos con experiencia diferenciada en tanto que individuos, no como seres pertenecientes a un género. Y es que "la sociedad sigue en gran parte diferenciando tareas femeninas y masculinas, aun cuando hoy sea "políticamente incorrecto" decirlo abiertamente, y probablemente aún nos lleve muchos años el borrar estas clasificaciones tanto mentales como inscritas en el funcionamiento mismo de la vida colectiva".



Subirats afirma que han habido varios cambios sociales como consecuencia de la *individuación* de las mujeres: "Globalmente hay una pérdida en tiempo, atención y esfuerzo dedicados a la vida privada, si realizamos una comparación con lo que ocurría en el pasado. Ello supone una carencia importante de la calidad de vida, aun cuando, por una serie de razones, no siempre sea evidente. Se ha producido un empobrecimiento de los vínculos familiares, una disminución del tamaño de la familia y del número de individuos a los que nos unen lazos de parentesco, así como un empobrecimiento del tipo de "cuidado" que los individuos recibían en el grupo familiar, tanto en la infancia como en la vejez. Aun cuando las mujeres no han abandonado las tareas domésticas, ni los ámbitos del cuidado, su tiempo y disponibilidad para ellos han quedado reducidos.

Su atención está dividida entre estas tareas y las que se derivan de alcanzar un puesto lo más exitoso posible en el mundo profesional. Es decir, podemos jugar en el tablero de lo público, y por tanto hemos alcanzado cierto grado de igualdad, pero sin ser, sin embargo, iguales, dado que siguen recayendo sobre nosotras, casi enteramente, las tareas que hemos llamado reproduc-tivas".

La tensión que esto ocasiona se evidencia en los problemas físicos y mentales que presenta la población femenina. Además de la fatiga y el estrés, está la angustia y culpabilidad al no hacer las mujeres lo que se espera de ellas y lo que ellas sienten que deberían hacer. Pero el dedicarse sólo al trabajo doméstico también produce falta de independencia económica y afectiva. Así las cosas, las mujeres que juegan en los dos tableros lo tienen difícil, pero no es fácil tampoco para aquellas que deciden jugar sólo en uno y renuncian al otro, el costo personal, profesional y afectivo siempre es elevado.

Por todo ello, y según la autora, las mujeres jóvenes han optado por ciertas estrategias, como el tener menos hijos y valorar más la calidad del tiempo que les dedican que la cantidad; ofrecer menos atención a las personas ancianas; se apoyan más en los electrodomésticos, en

- La tasa de fecundidad de las mujeres sin instrucción es de 4.1, mientras que en aquellas que tienen estudios de secundaria o más, es de 2.4. Esto es, que las mujeres sin instrucción tienen 1.7 hijos más que las que cuentan con estudios de secundaria o superiores.[3]

- La tasa diferenciada de fecundidad se refleja también en la condición de actividad de las mujeres, poco más de un hijo es la diferencia entre las mujeres económicamente activas y aquellas que son básicamente amas de casa. 3.2 hijos las primeras, por 1.4 hijos las segundas.[3]

- En el nivel de escolaridad de las mujeres adolescentes con respecto a su fecundidad se observa que, entre aquellas que no cuentan con instrucción escolar, el 60% ya había tenido un hijo antes de cumplir 20 años, en tanto que las mujeres que tienen estudios de preparatoria o más, sólo el 10% de ellas fueron madres durante la adolescencia.[3]

comidas preparadas; han traspasado al mercado todas aquellas tareas reproductivas que pueden. Así, en la cuerda floja, con vocación de equilibristas, intentan combinar con más o menos éxito sus diversos papeles.

En cuanto al poder político, "al acercarnos a él descubrimos que al lado de algunas gratificaciones aparecen rasgos mucho menos amables, tales como la distancia entre el discurso y los hechos, la durísima competencia, la insolidaridad que suele ser propia de las posiciones de poder y del afán por perpetuarlas" . Por otra parte, "el acceso al poder político es vivido como una gran responsabilidad, una ocasión para "hacer cosas" que siempre se han querido hacer, y que revierten en una mejora para la sociedad. Raramente se vive el acceso a estos puestos como una recompensa o una prebenda. Ello hace más comprensible que, después de cierto tiempo, las mujeres tiendan a abandonarlos, porque consideran que ya han realizado las tareas que se habían propuesto o que el costo personal que les supone seguir en estos cargos es excesivo".

La introducción en el mundo público redunda por una parte en la desatención de las tareas reproductivas y de otra en un balance ambiguo para las mujeres. Según Subirats, lo primero se sortea como se puede, lo segundo es objeto de malestar, ya que las nuevas experiencias se valoran positivas sólo hasta cierto punto.

Por ello, sostiene, es preciso defender las diferencias y enfatizar el valor de las mujeres. "Respecto de la etapa en que se planteó la reivindicación de la igualdad, los valores se invierten, y el mundo masculino, tan deseado en otro momento, aparece ahora como lo negativo, limitador, castrador, el elemento que, a través de la dominación, ha ahogado y eliminado lo que de positivo contenía el género femenino." "Lo deseable es la construcción de una nueva forma de vida que permita establecer nuevos equilibrios entre lo público y lo privado, el trabajo productivo y el trabajo reproductivo... Es decir, el establecimiento de un nuevo pacto, o un nuevo contrato, como se ha dicho a menudo, entre hombres y mujeres, para una distribución del trabajo socialmente necesario que no tenga el carácter de la división sexual del trabajo, sino de la asunción individual de parcelas situadas en ambas esferas."

"Pero este cambio no supone un retroceso hacia el repliegue de las mujeres al hogar, sino todo lo contrario: supone tener un mayor dominio y presencia en la vida pública, para hacer prevalecer colectivamente puntos de vista que hoy siguen silenciados, asumidos como problemas que debe resolver cada mujer, como si se tratara de asuntos particulares y no de hechos que se construyen y que afectan al conjunto de la vida social." ♦

